

el hilo de su monólogo... [...] También quedan con usted las cuentas y comprobantes, pruebas de mi inocencia en el asunto de la fábrica de explosivos... [...] El asunto ya está prescrito hace muchos años, pero cierto prurito de orden me ha obligado a guardar estos recibos..." (*La visita del Gaviero*, págs. 191, 194 y 196).

<sup>9</sup> Y por eso está al tanto (pues conoce al dedillo sus "limitaciones") de la recepción: "Yo siento que el estilo de mis novelas, la forma en la que narro, puede parecer al lector actual un tanto simple, carente de ciertas malicias o destrezas de las que hablaba Borges. Y siempre tengo la impresión de que ha de quedar una huella muy grande en mis novelas de mi poesía, lo que es algo que, tal vez, el lector de hoy día no busque" (cf. Rosina Balboa, entrevista citada, págs. 27-28).

<sup>10</sup> Cristina Pachecho, "Se escribe para exorcizar a los demonios", entrevista con Alvaro Mutis, en *Varios, Tras las rutas de Maqroll El Gaviero*, Cali, Proartes, 1988, págs. 242 y 243.

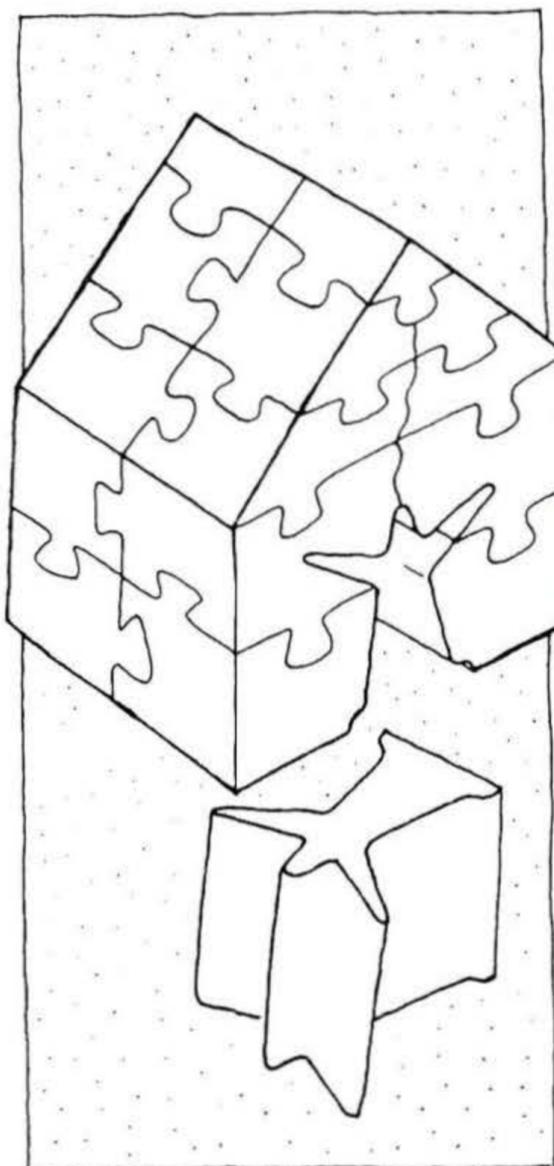
<sup>11</sup> La lista sería enorme y sólo citaré algunos: "No tiene signo este don de una eternidad/ que, sin pertenecernos, nos rescata..." (*Homenaje*, pág. 256); "...estancias donde acecha la sombra de mi auténtico nombre,/ el signo cierto que me ata a los decretos de una providencia inescrutable" (*Siete nocturnos*, V, págs. 267-268); "nostalgia lancinante de un enigma/ que ha de quedar sin respuesta para siempre" (*Siete nocturnos*, IV, pág. 265); "otras dádivas que los años/ nos van reservando con terca parsimonia/ desfilaron convocadas por la sola maravilla/ del gorrión..." (*Tríptico de la Alhambra*, II, pág. 207); "...para esperar, en medio de las altas paredes de granito,/ la inefable señal, la siempre esperada y siempre postergada/ señal de su definitiva disolución en la nada bienhechora" (*Noticia del Hades*, pág. 213); "Entre los presentes en la iglesia de Santa María,/ persiste aún la extrañeza y el asombro/ ante muerte tan ajena a los astutos designios de César" (*Funeral en Viana*, pág. 188); "...esa fiesta imprevista/ que sucede por caprichoso designio/ de quienes, en lo alto, lanzan los mudos dados/ cuya cifra jamás conoceremos" (*Como espadas en desorden*, pág. 282); "Toda la ardua armonía del mundo/ es probable que entonces te sea revelada,/ pero sólo por esta vez" (*Si oyes correr el agua*, pág. 281); "en la casa de la calle de Capuchinos/ me ha sido revelada de nuevo y para siempre/ la oculta cifra de mi nombre,/ el secreto de mi sangre, la voz de los míos" (*Cádiz*, pág. 186); "Y, sin embargo,/ allí estaba la clave/ de tu breve dicha sobre la tierra" (*Canción del Este*); "Percibió el llamado de su destino, teñido con el fastidio y la estrechez que pesaban sobre su vida..." (*El sueño del Príncipe-Elector*, pág. 169); "Me propuse descifrar las voces y, de tanto escucharlas con atención febril, días y noches, logré, al fin, entender la palabra Viana" (*Cocora*, pág. 164).

<sup>12</sup> Sobre todo respecto al surtidor de la lengua: "Dios me libre de inventar cuando estoy cantando", frase nerudiana que Mutis hace suya, variándola levemente, en varios momentos. Cf. *Tras las rutas...*, op. cit., págs. 243, 260, 287 y 307.

<sup>13</sup> *Un bel morir*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1988, págs. 133-134.

<sup>14</sup> Es de notar que Enrique Molina, cercano a Mutis en lenguaje y proyecto de escritura, ha escrito un poema: *Crónica de un encuentro con Maqroll el Gaviero*, en el que emplea muchos de los elementos mencionados. Lo publicó en la revista *Crisis*, Buenos Aires, en 1976 y fue recogido después en su libro *Los últimos soles*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1980, págs. 95-97. El propio Molina tiene un libro de título pertinente: *Hotel-Pájaro*, 1967. Aparece igualmente en una edición anterior de la obra de Mutis: *Poesía y prosa*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1981, págs. 733-734.

<sup>15</sup> Desconsuelo de laberinto: "En la sexta terraza creyó reconocer el lugar y cuando se percató que era el mismo sitio frecuentado años antes con el ruido de otros días, rodó por las anchas losas con los estertores de la asfixia..." (*Morada*, pág. 125). O posibilidad de certeza: "Y llego a este lugar y sé que desde siempre/ ha sido el centro intocado del que manan/ mis sueños..." (*Cádiz*, pág. 185).



<sup>16</sup> En el sentido de saberse al amparo de una experiencia intransferible. Por ejemplo: "...todo lo sucedido o por suceder es acogido con gozo/ y me deja dueño de un cierto orden, de una cierta serena sumisión tan parecidos a la felicidad" (*Siete nocturnos*, V, pág. 267); "Reza el Rey y pide por su gente, por el orden de su reino,/ porque se cumpla en él la promesa del Sermón de la Montaña" (*Nocturno en Al-Mansurāh*, pág. 269). A su vez, puede reconocerse el opuesto: "Hay frutos cuya blanca pulpa despide a esa hora/ un dulce aroma devastador que acompaña/ a los transgresores de todo orden y principio/ y los eleva a la condición de grandes elegidos. [...] Justo es hablar así sea por una sola vez/ de la noche de los asesinos la noche cómplice/ porque también ella entra en el orden de nuestros días/ y de nada valdría pretender renegar de sus poderes" (*Siete nocturnos*, VII, pág. 270).

<sup>17</sup> Me parece de suma importancia recordar aquí que ambos textos, *Cocora* y *La visita del Gaviero* (acompañados de *La nieve del almirante* y *El cañón de Aracuriare*) formaron parte de la primera entrega narrativa sobre el Gaviero: *La nieve del almirante*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

## Un libro institucional

100 años del Teatro de Cristóbal Colón

Jaime Villa Esguerra

Colcultura, Santafé de Bogotá, 1993, 172 págs.

Entre las celebraciones conmemorativas del primer centenario de la inauguración del Teatro de Cristóbal Colón de Santafé de Bogotá, Colcultura publicó un lujoso libro, profusamente ilustrado. Se trata del cumpleaños de un importantísimo escenario cultural, obra arquitectónica refinada y sobresaliente del neoclasicismo republicano, construida bajo la dirección del arquitecto italiano Pietro Cantini y de otros notables artistas y artesanos como el escultor Cesare Sghinolfi, Luigi Rameilli (ornamentador), Filippo Mastellari (pintor) y Anibale Gatti, el autor del telón de boca.

La investigación, los textos y la recopilación visual del libro estuvieron a cargo del arquitecto Jaime Villa Esguerra, quien contó con la colaboración

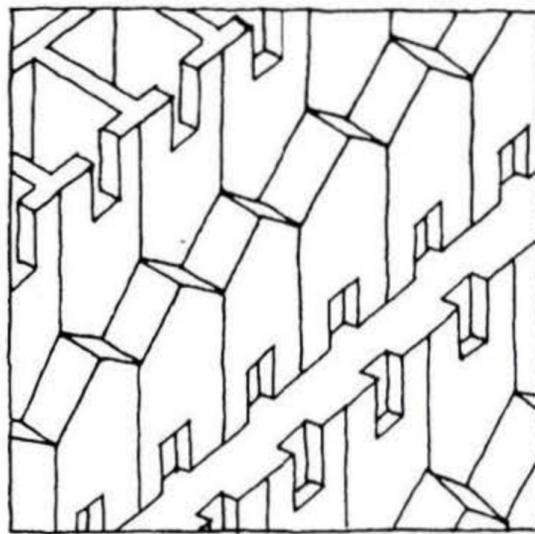
de muchas personas que aportaron experiencias, datos, fotos, anécdotas, etc. La obra es una reseña, en orden cronológico, de las manifestaciones artísticas que han tenido cabida en el Teatro de Cristóbal Colón. Por sus páginas desfila una gama inolvidable de artistas que, en cien años, se han incorporado a la fantasía, la magia y los mitos de los espectadores, y han contribuido a la formación estética y al avance artístico del país: músicos, cantantes, directores de orquesta, de coros, escénicos; actores, mimos, bailarines, etc., y el personal técnico que está detrás de cada función.

Jorge Ernesto Cantini Ardila, médico de profesión y nieto de Pietro Cantini, escribe el capítulo "La construcción de un teatro", en el cual proporciona datos interesantes sobre los sucesos que acompañaron al abuelo en la edificación del teatro, sobre los artistas y artesanos que intervinieron en la obra y sobre remodelaciones posteriores. Además hace un minucioso análisis del estilo arquitectónico y artístico del edificio. Seguramente, después de leer a Cantini Ardila, un espectador podrá disfrutar mucho más los bellos detalles artísticos que adornan el Colón, y para aquellos que todavía no han reparado lo suficiente en ellos el capítulo es una buena invitación a observarlos detenidamente.

Insistentemente se ha dicho que el país carece, entre otras cosas, de memoria visual y esta obra, como decíamos antes, contiene un rico material visual: rescata fotos de archivo y añade otras más recientes del edificio y de los artistas nacionales y extranjeros que se han presentado en los últimos años.

El texto pone énfasis en lo anecdótico. Para el siglo XIX y comienzos del XX, las citas escogidas de los periódicos se incluyeron para aumentar lo pintoresco y simpático, por lo cual prolonga aquel pensamiento de que el teatro y las artes escénicas en Colombia, antes de mediados de este siglo, se reducen a un pasatiempo de familias aristocráticas y a un público bastante ingenuo e ignorante. Esta forma humorística pero compasiva de mirar el pasado teatral —comenzada a finales del siglo pasado—, sumada a la falta de conservación de documentos y de los contadísimos edificios teatrales, hace

que prevalezcan algunas inexactitudes y no se tengan en cuenta importantes investigaciones de los últimos años. Tal es el caso de la historia que hemos heredado sobre José Tomás Ramírez, promotor y socio en la construcción del primer coliseo bogotano, antecedente inmediato del Colón y que se contempla en este libro. Gracias a las pesquisas documentales del musicólogo Egberto Bermúdez, sabemos que Ramírez era subteniente de milicias de caballería, llegado al país a finales de la década de 1780 junto con un número considerable de militares. Por lo cual pondría un gran interrogante a las versiones ya consagradas sobre el origen y oficio de Ramírez.



El antiguo Coliseo Ramírez, llamado después Teatro Maldonado, fue construido a finales del siglo XVIII, como cristalización del pensamiento ilustrado que la corona española fomentó y que se concretó en las reformas borbónicas que cambiaron profundamente, en varios órdenes, la realidad de las colonias. En la segunda mitad del siglo XVIII, en toda la América española se construyeron teatros, entre otros fines, para que fueran escenarios del poder, difusores del progreso ilustrado y con la misión de civilizar y reprimir algunos hábitos sociales de las clases populares considerados malsanos.

Igualmente el Teatro Nacional, posteriormente Cristóbal Colón, construido durante la Regeneración, respondió en el plano cultural a la política de centra-

lización y unidad nacional que se plasmó en la Constitución de 1886. Bajo una óptica europea se crearon instituciones como el Archivo Nacional, el Museo Nacional, la Escuela Nacional de Música y otras. El cambio de nombre de Teatro Nacional por el de Cristóbal Colón no fue solamente coyuntural: integrar la obra a las celebraciones conmemorativas de los cuatrocientos años del descubrimiento de América, sino que encajaba perfectamente dentro del resurgir de identidad hispánica de los regeneradores. Igual que en el caso del Coliseo, el Teatro de Colón debía ser colaborador en el proyecto de "regenerar" las malas costumbres. Cambio de denominación que implicaba el "civilizar" al pueblo de los ilustrados, con una alta dosis de intolerancia política.

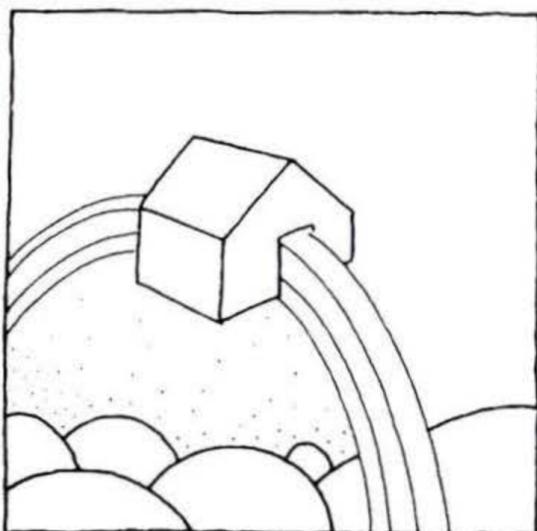
Desde su creación hasta ahora, el Colón se ha convertido en testigo o protagonista de las tendencias artísticas y culturales que han caracterizado épocas, modificando y enriqueciendo el espíritu inicial para el cual fue construido: ser sede de las más refinadas manifestaciones artísticas. Y lo más refinado en aquella época era casi exclusivamente la ópera. Allí quedaron los testimonios de veladas de diversa índole, juegos florales, conferencias, actos académicos, como escuela para actores, y otros que también son reflejo de sectores de la sociedad colombiana como coronaciones de poetas y reinas de belleza, elegantes bailes y banquetes políticos.

En los últimos tiempos ha sido uno de los instrumentos de la política cultural que los diferentes gobiernos, por intermedio de Colcultura, han ejecutado como por ejemplo, ser sede de la Orquesta Sinfónica de Colombia, de festivales de teatro, de la ópera, del ballet, de la danza moderna y de expresiones folclóricas (Noches de Colombia), entre otras.

Para los lectores que deseen ampliar la información sobre los antecedentes del Teatro de Colón, Jorge Ernesto Cantini Ardila es autor del libro *Pietro Cantini. Semblanza de un arquitecto*, publicado en 1990 bajo el patrocinio de la Corporación Barrio La Candelaria. Libro aplaudido, en su momento, por algunos arquitectos. En dicha publicación, Cantini hace un recuento de las

más importantes obras que le fueron encargadas a este arquitecto y en el capítulo sobre el Teatro de Cristóbal Colón se refiere, entre otras cosas, a las vicisitudes de la construcción del teatro, y en los antecedentes históricos sobre el Coliseo Ramírez y el Teatro Maldonado aporta documentación inédita, fruto de una búsqueda exhaustiva, que fija definitivamente la disímil cronología y las dudas sobre los propietarios del coliseo capitalino.

MARINA LAMUS OBREGON



## El calor sofocante del trópico malsano

Primeros cuentos (1964-1968)

Oscar Collazos

Centro Editorial, Universidad del Valle, Cali, 1993, 154 págs.

Oscar Collazos nació en Bahía Solano en 1942. Sus primeros cuentos, reunidos bajo el título *El verano también moja las espaldas*, se publicaron en 1966 en Medellín, en una pequeña editorial, y a éstos les siguió tan sólo un

año más tarde, otra serie bajo el nombre de *Son de máquina*. En 1993 la Universidad del Valle publicó *Primeros cuentos*, una selección realizada por el mismo autor, donde aparecen uno a uno los mejores cuentos de su juventud.

Más que cuentos en el sentido estricto de la palabra, podríamos nombrar estos escritos como "relatos", recreaciones de la vida en un pueblo hirviente de la costa pacífica. Los sueños del adolescente (el mismo autor), el padre autoritario, la madre beata, las frustraciones, el ambiente detenido de un pueblo olvidado, son el eje central de las narraciones.

La recopilación se inició con *Eclipse*; ya en éste se perfila el estilo limpio, claro, sin pretensiones de ruptura, con diálogos cortos dentro de la narración como otras voces, siempre por debajo de la voz central del narrador-autor. De una pincelada aparece Bahía Solano, las gotas de sudor, la pobreza, las funciones sociales y el miedo al castigo divino. El cura, *pater familias* del pueblo, siembra el terror vaticinando el fin del mundo tras un eclipse de luna. "Desde ese instante no se oyeron sino rezos y plegarias y llantos de los niños escondidos entre las faldas de sus madres y arropados de pies a cabeza con su llanto interminable". Entre los llantos y predicciones, aparece el muchachito, hijo del liberal, que repite convencido las "herejías" que ha aprendido y se burla del terror de las mujeres, de las ventas de velas benditas que hace el padre, de la ignorancia del pueblo mientras oye en la radio la Sonora Matancera.

"¿Es que no sabes lo que va a pasar?" le pregunté, "Mi papá me dijo que eran mentiras del cura para que se confesaran y para ganar plata bendiciendo velas", dijo Cachito, riéndose, haciendo pompas de jabón que se levantaban mostrando...". En la mente del pequeño protagonista, imbuida ya en la superstición de quien lo cría, Cachito y su padre están condenados a la hoguera del fuego eterno. "¿Qué clase de papás tendrá Cachito que lo dejan hacer esas cosas?" —me dije y me imaginé a su papá otra vez, echan-

do sangre por la boca muriéndose y luego bajando a los infiernos por un camino de mujeres desnudas y muy blancas[...]"

Algunos críticos literarios encasillaron a Collazos como un escritor de la violencia. Fruto, pues, de la sangrienta lucha bipartidista, su literatura estaría empapada de dolor. La recopilación actual, ajena a toda interpretación, se aleja de este ámbito, para llegar posiblemente a un sector sociológico, una mera descripción del ambiente de pueblo de la zona Pacífica, un relato atemporal. Innegablemente, encontramos alusiones políticas. Sin embargo, estos relatos retratan y recrean un trozo de vida en la provincia, y la maestría radica en la manera de escribir, diáfana, casi como el seguimiento de una crónica. Collazos es el cronista que atisba y, como escritor, evita el estilo relamido, el atiborre de adjetivos, la banalización o el juego de palabras, para con habilidad reunir un trozo del vivir colombiano a través del adolescente que se inicia en el sexo y teme represalias divinas; del tendero que seduce jovencitos con fotografías de mujeres desnudas y del padre hastiado que pega azotainas y reniega por tener que dar dinero. La escuela tediosa, el cura estafador, la niña deshonrada y perdonada después, las nubes, los mosquitos, la música, el joven que logra salir de la provincia tras el sueño americano y regresa vacío, la prostituta que guarda absoluta vigilia en la Semana Santa, las revoluciones estudiantiles, los sueños del adolescente y el barco que nunca llega a ese maldito puerto abandonado, son la esencia del pueblo perdido y el núcleo de las historias que se entremezclan y entrelazan.

Collazos se dedicó, más tarde, al periodismo, ya curtido en este oficio de cuentista-cronista, y ha publicado novelas y otros cuentos, que han sido traducidos a cinco idiomas. Relatos que llevan por el mundo el calor sofocante de este trópico malsano.

JIMENA MONTAÑA CUÉLLAR